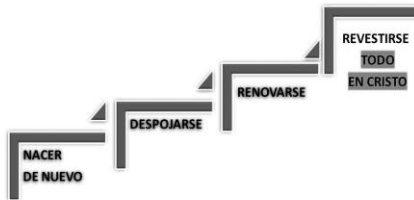


Día 7

Efesios 4 nos ofrece las claves del proceso de madurez, sin las cuales será imposible madurar. En síntesis:

4 claves que se requiere profundizar Efesios 4



NACER DE NUEVO: UNA NUEVA NATURALEZA

“ajenos de la vida de Dios” Efesios 4 :18

El proceso empieza en el nuevo nacimiento cuando Efesios 4:17–18 habla de «ajenos a la vida de Dios»: *«Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón».*

Este asunto solo concierne a nuestro espíritu. Es un acto donde Dios coloca la semilla de Cristo en nosotros, su Espíritu en nosotros.

Dicho de otra manera el que esta ajeno a la vida de Dios, no tiene la vida, no es nacido de nuevo. Vamos a profundizar porque se trata no solo de nacer sino de nacer a la vida. ¿Cuál vida? ¿Cómo?

La obra de Cristo en la cruz nos otorga un favor que no tiene precio: Primero, nos abre el camino al Padre, nos revela la verdad la verdad y para completar nos vuelve a la vida. Por eso el Señor Jesús expresó: *«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí.»* Juan 14:6.

Con frecuencia preguntó a diferentes creyentes en las iglesias, ¿qué es ser cristiano? A lo cual me responden con toda una lista de lo que hacemos, pero, en realidad, ser cristiano no es nada de ello. Ser cristiano es tener la naturaleza, la vida de Cristo en nosotros. Es esto lo que nos convierte en hijos de Dios (Juan 1:12–13). Por eso la Palabra enfatiza en todo el Nuevo Testamento que Cristo es la vida. Sin su vida no somos de Él, ni podemos acceder al Padre.

Somos como creyentes nacidos de Cristo, vivos en lo natural como Adán y vivos en el espíritu, por cuanto Cristo es eso, *«espíritu vivificante»*. 1Cor 15:45. Y no podemos desconocer que nuestro cuerpo es mortal, pero nuestro espíritu puede ser eterno, porque «el Espíritu es el que da vida». Juan 6:63. Hemos ya dicho que en Cristo hay una vida no sólo plena sino indestructible, eterna. La cual nos es dada plenamente y sin medida a aquellos quienes

lo recibimos y creemos en Él. A quienes creemos, nos es dada por la fe en Él, la vida en la la simiente, la semilla de la vida, la cual es Cristo. Porque también dice la palabra que Él, Cristo es la simiente, veamos la relación:

La Palabra usa el símil de las plantas, nos habla de los que plantan, del Árbol de la vida, de la Simiente, de la Vid, de los frutos del árbol plantado sobre corrientes de agua. Pero para lo que nos ocupa «la simiente». Lo que se siembra inicialmente es la simiente, la semilla. Gálatas 3:16 lo refiere así:

«Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo».

Las traducciones nuevas de la Biblia no utilizan la palabra «Simiente», sino «descendencia» «linaje» o «generaciones», pero la traducción, aunque válida, es incompleta porque nos deja sin la posibilidad del entendimiento de una clave bíblica tremenda para entender el crecimiento de la vida en el creyente, expresada con el símil, también bíblico, del crecimiento de una semilla que es plantada hasta ser un árbol que da buen fruto.

Cristo es la semilla, la simiente. Y no sólo podemos verlo como un descendiente de Abraham en términos de un linaje, aunque lo es. Cristo es más que eso; si entendemos que simiente es también semilla. Tendremos que entender que en sí mismo Cristo es la vida. La semilla que contiene la vida del ser humano, la verdadera vida, la vida eterna.

Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, la semilla es un «Grano que en diversas formas produce las plantas y que al caer o ser sembrado produce nuevas plantas de la misma especie».

Cristo es más que un descendiente de Abraham, es el grano que cayó en tierra y murió para darnos la vida. Es además el portador de la vida, porque la semilla en sí contiene la información de una especie, la substancia de que lo que la planta es. De Él proviene nuestra vida, por cuya substancia es eterna, podemos nosotros también serlo, en eso consiste la salvación, en ser puestos aparte, sumergidos en la vida. Una vida eterna.

Creo, sin dudas a equivocarme que cuando hacemos la oración de fe, si es que la hicimos, o cuando empezamos a ir a una iglesia, no tenemos muy claro qué es lo que está operando en nosotros. Si no me equivoco, en un principio simpatizamos con una persona cristiana o con un grupo de creyentes y cuando menos pensamos está operando un cambio en nosotros. Tal vez hemos nacido a la vida de manera imperceptible; otros como en el caso del apóstol Pablo, lleguemos a la vida de manera dramática. Sea lo uno o lo otro, si la semilla nos fue implantada, si fuimos engendrados, lo notaremos. Pero solo a partir de ciertos procesos esta semilla empieza dar sus mejores frutos, aunque como veremos más adelante, si la semilla no recibe el trato correcto tal vez la vida de la persona no alcance su estado de madurez.

Todo aquel que de corazón recibe a Cristo y procura hacer su voluntad y glorificarlo como

Dios y Señor en su vida, ha recibido la semilla de vida. En el mismo momento de recibir de corazón a Cristo, puede recibir el nuevo nacimiento y Cristo empieza a vivir en Él quedando en la capacidad de dar buen fruto. Muchos, por su puesto, pueden recibir a Cristo, pero no quieren vivir el proceso para que la semilla de buen fruto. Estos son creyentes no renovados, tal vez por ser muy nuevos en el Señor o por resistir a su Espíritu, porque el proceso implica que, como explicaré con mayor detalle, todo aquel que nace a la vida deba despojarse de lo viejo para recibir lo nuevo para que sea realidad *«si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron: he aquí todas son hechas nuevas»*. 2 Cor. 5:17

De tal manera que convertirse no es sólo un asunto de cambiar de manera de pensar. Por supuesto que cambiamos de manera de pensar, nos renovamos, pero la vida no es un cambio de mentalidad, sino un cambio de naturaleza y un proceso donde nos es implantada una vida, la de Cristo.

Esto explica por qué muchas personas que se consideran «creyentes» no manifiestan a Cristo. Podemos tener conocimiento y no tener la vida, podemos tener doctrina y no tener la vida del Espíritu de Cristo ensanchándose en nosotros.

Un poco más sobre la nueva naturaleza

Entonces, ¿qué es una simiente? Es una semilla, que es la unidad básica de reproducción de una planta. La Biblia llama a el Señor *«el Árbol de la vida»*. Y todo árbol tiene una semilla, por eso la palabra semilla en griego es *«spora»* y no puede ser

traducida en este contexto ni por linaje ni por generaciones; porque se pierde el sentido de la vida que crecerá en un creyente. Aunque por supuesto, sin la vida espiritual en el creyente, pues tampoco tendrá Dios un linaje.

Engendrados

Juan 1: 12 expresa: *«Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios: los cuales no son engendrados...»* La palabra engendrados contiene la palabra *gen*, y un gen contiene la unidad biogenética de cualquier tipo de sustancia en reproducción. Los genes son el potencial, la semilla debe de germinar y crecer, somos hijos de Dios tenemos un ADN espiritual. Nosotros participamos de la naturaleza del Señor en nosotros, así como los hijos están marcados por la información genética de sus padres, así nosotros estamos marcados por Dios, y esto no quiere decir que seamos Dios, quiere decir que tenemos una nueva naturaleza vibrando en nosotros, la vida espiritual en nosotros. Veamos como el apóstol Pedro lo explica: *«Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia.»* 2 Pe. 1:3

*«Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser **participantes de la naturaleza divina**, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia»*

Justamente empieza hablando de *«todas las cosas que pertenecen a la vida»* nos han sido dadas por el poder sobrenatural de Dios, por el conocimiento de Cristo, al punto de llegar a ser *«participantes de la naturaleza divina»*

Esta naturaleza a la que nacemos es por su voluntad y es solo para los que han creído y recibido a Cristo en su corazón: *«Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios: los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.»* 1 Juan 12-13

Los genes están en el semen, la semilla contiene los genes. De allí la palabra simiente. Semen, semilla y simiente etimológicamente tienen un mismo sentido, un mismo origen. Pero este nacimiento no es por simiente humana, sino por la simiente divina que es Cristo. Porque sólo en Él está la vida.

Entonces *los engendrados* como lo expresa la Palabra *son renacidos: «siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre»*. (1 Pe. 1:23). El nuevo nacimiento habla de una nueva naturaleza, es regeneración, es renacimiento. Es más que el nacimiento físico. Es el nacimiento a la vida eterna, a la vida espiritual. Renacemos, nacemos de nuevo por una simiente incorruptible, Cristo.

Nacer de nuevo es ser hechos hijos, como se dijo en un capítulo anterior y es entrar a la vida. Tal vez

seguimos siendo los mismos en nuestra dimensión corpórea, pero nuestra dimensión espiritual es nueva.

Dados a luz milagrosamente

Y, curiosamente, el mismo vocablo, suele usarse no como «dar a luz». Así somos nosotros, no sólo nacidos del vientre que nos dio a luz, sino nacidos del agua y del Espíritu. Dados a luz por Dios, tal como le enseñaba el Señor a Nicodemo:

«Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él». Juan 3:1-2.

Nicodemo era importante, sacerdote y además de los principales. Muy probablemente no le pudiera caber en su cabeza religiosa que Jesús fuera Dios, pero al menos aceptaba que en Jesús había algo más allá de su humanidad terrena.

Nicodemo nada preguntó inicialmente, pero Jesús que podía leer los pensamientos de las personas le soltó esta sorprendente afirmación: *«Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.»* Juan 3:3.

Nicodemo le preguntó: *«¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?»* Juan 3:4. Toda su teología no le era suficiente para

entender lo que Dios mismo le estaba hablando. ¿Cómo se podía nacer dos veces?

«Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios».

Era un nacimiento a la vida espiritual, no tenía que ver con los ojos físicos, naturales, de la carne. Era un asunto de ver con el espíritu porque *«...lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, Espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.»* Juan 3:6-7. Estaba hablándole del milagro de entrar en la vida eterna.

Más adelante surge nuestra pregunta: *«Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto?»* Juan 3:9. Pero el Señor en su soberanía sólo pregunta... *«Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?»* Juan 3:10.

De una vez Nicodemo es obligado a estrellarse contra la pared de su ignorancia frente a un misterio, que como tal no puede ser explicado tan fácilmente. Porque Dios en su poder sobrenatural permite el milagro, un hecho misterioso que traspasa los límites de nuestro cabal entendimiento. Y nos obliga a entrar en la esfera de la fe. Lo que no puede ser explicado en nuestra lógica humana, ni por la ciencia. Y por Nicodemo se ve obligado a pasar del plano de la explicación natural al plano de la fe. Por *«la certeza de lo que no se ve y la confianza de lo que se espera»* (Hebreos 11:1).

Nacer de nuevo es, entonces, un misterio, es el milagro de la vida espiritual de la que disfrutamos sin poder explicar exactamente porqué se es. Es un asunto de la voluntad divina: *«los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios».* Juan 1:13. En ello consiste la soberanía de Dios, proponer a Su voluntad. *«Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas».* Santiago 1:18.

Y, en cuanto a la madurez, vamos entendiendo que maduran espiritualmente quienes tienen el Espíritu; los demás podrán madurar en su cuerpo y hasta en su alma, siendo mejores intelectual y emocionalmente. Pero los frutos de esta madurez estarán desprovistos del factor sobrenatural de Dios en el hombre. Al punto que esta madurez natural no trascenderá al plano de la vida eterna, ni nos hará aptos para vincularnos con el Padre, no nos ayudará a discernir los asuntos escondidos de Dios. No habrá camino al Padre, no habrá verdad y, por supuesto, no habrá vida.



TIEMPO DE REFLEXIÓN

¿COMO SABER SI UNA PERSONA HA NACIDO DE NUEVO?

La Palabra nos da algunas señales para poder discernir quienes han nacido de nuevo.

1. **Quien nace de nuevo acepta a un Dios que es soberano.**

Juan 3:8 dice que quien nace de nuevo es como el viento. ¿Quién es movido como el viento por una mano invisible? Quien nace de nuevo acepta que hay una voluntad Superior. El hombre y la mujer que no tienen la vida de Cristo no pueden aceptar que hay una voluntad superior a la que debemos obedecer. Hacen lo que quieren, porque no entienden que hay una voluntad superior.

2. Quien ha nacido de nuevo procura obedecer a Dios.

Pero aceptar esta mano invisible y superior en mí no es la única señal de mi nuevo nacimiento, hay una segunda y es cuando se acepta que hay una mano superior pero también se le obedece, porque hay muchos que saben cuál es la voluntad de Dios, pero no desean obedecerle, hacen lo que quieren y saben que no está bien, pero hacen lo que ellos quieren. Esto es señal de que no nacieron de nuevo.

3. Quien ha nacido de nuevo se arrepiente

Y una tercera señal de quien ha nacido de nuevo es el arrepentimiento. Porque quien ha nacido de nuevo empieza a tener conciencia de su pecado. De todo aquello que hace por fuera de la voluntad de Dios.

Quien ha nacido de nuevo lucha y, aunque tiene derrotas momentáneas, tiene redargüir de pecado y el Espíritu Santo que mora en su corazón le lleva a volver a Cristo sin perder el rumbo. Se arrepiente de su pecado. Y por ello empieza a dar un fruto de arrepentimiento como menciona la

Palabra: «*Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento*». Mateo 3:8

4. Quien ha nacido de nuevo no rechaza al Espíritu Santo.

La vida de Cristo en el creyente es la vida del Espíritu Santo en él. No se puede decir que se nace a la vida del espíritu y se pueda rechazar al espíritu. Porque «*el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.*» Romanos 8:16.

El verdadero nacido de nuevo es sensible, tanto al redargüir del Espíritu Santo, como a su guía en cada asunto de la vida.

DIA 8

«porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos». Romanos 8:29.

LA VIDA DE LA SIMIENTE CRECE EN NOSOTROS

El creyente crece en su nueva naturaleza, así que el primer factor o el inicio del crecimiento espiritual es nacer de nuevo. Nadie crece si no crece en y por su nueva naturaleza.

El verdadero crecimiento tiene que ver no con la llenura de información, no con servir en la iglesia, no con tener un ministerio más grande. El verdadero crecimiento empieza con esa simiente en nosotros, la cual va dando el fruto de la vida que es Cristo. Porque la presencia de Cristo en nosotros es por la presencia de la vida del Espíritu Santo en nosotros.

Por lo cual, surge la pregunta: ¿De qué manera crece quien no nace de nuevo? La respuesta es una sola, crece en sí mismo, pero la vida de Cristo que es eterna no crece en él. Puede aún crecer en el cocimiento de la doctrina, en ocupar un cargo más alto en la iglesia, y no crecer en su nueva naturaleza, la cual nos lleva a crecer a la semejanza de Cristo.

En realidad, muchas personas nunca han nacido de nuevo, solo han sido simpatizantes y hasta conocedores de la doctrina, pero no han nacido de nuevo. Esto plantea un problema para aquellos que pretendemos hacer la obra discipulado y pretendiendo un crecimiento en aquellos que no han recibido la vida de Cristo. Por cuanto el no nacido de nuevo no puede ser discipulado, debe ser primero evangelizado. Pero muchas veces avanzamos sin la certeza de este fundamento y creyendo que aquel que parece entender la doctrina, porque tiene la información, está creciendo, cuando en realidad la vida de Cristo aún no está.

Por esto también algunos «creyentes» que van «avanzando», luego resultan supuestamente «devolviéndose» en el camino de la fe, cuando en realidad la obra de Cristo no puede ser desecha, lo que es de Cristo es para siempre. Lo que es de Cristo no muere. Estos falsos creyentes son eso, falsos. Nunca nacieron a la vida. No se devuelven, nunca fueron en realidad de Cristo.



Si crecemos debe ser por Cristo en nosotros y su Espíritu, el cual nos llevará a crecer a la estatura de Cristo, hasta que nos vayamos pareciendo a Él, tal como el camino en la tierra, así caminarán los que crecen espiritualmente.

TIEMPO DE REFLEXIÓN

- ¿Qué caracterizó la vida del maestro?
- ¿Cuáles fueron sus atributos más visibles?
- ¿QUEREMOS SER COMO EL FUE?